

—Hortensia tiene razón—dijo Wenceslao abrazando á su mujer.

—Gracias, amigo mío—respondió la joven en el colmo de la dicha.—Mira, Isabel, mi marido es un ángel: no juega, vamos juntos á todas partes, y si se pusiese á trabajar, yo sería demasiado feliz. ¿Por qué presentarnos en casa de la querida de nuestro padre, en casa de una mujer que le arruina y que es causa de las penas que matan á nuestra heroica madre?

—Hija mía, la ruina de tu padre no proviene de ahí. Lo que le ha arruinado es la cantante y después tu matrimonio—respondió la prima Bel.—¡Dios mío! la señora Marneffe le es muy útil... créelo... pero, en fin, no quiero decir nada.

—Querida Bel, tú defiendes á todo el mundo.

Hortensia fué llamada al jardín por los gritos de su hijo, é Isabel se quedó sola con Wenceslao.

—Wenceslao, tiene usted una mujer que es un ángel—dijo la prima Bel.—Quiérala usted mucho y no le dé ningún disgusto.

—Sí, la amo tanto, que le oculto nuestra situación—respondió Wenceslao;—pero á usted, Isabel, ya puedo hablarle con franqueza. Mire, aunque empeñásemos los diamantes de mi mujer, no habríamos adelantado un paso.

—Pues bien, pídale usted prestado á la señora Marneffe—dijo Isabel.—Si no logra usted que Hortensia le permita venir, venga sin que ella lo sepa.

—Eso es lo que pensaba hacer cuando me negué á ello para no afligir á Hortensia—respondió Wenceslao.

—Escuche usted, yo les quiero demasiado á los dos para no prevenirle el peligro. Si viene usted, procure cogerse el corazón con las dos manos, porque esa mujer es un demonio. Todos los que la ven, la adoran; es tan viciosa, tan atractiva, que fascina como una obra de arte. Pídale el dinero prestado y procure no dejarle el alma en prenda. Jamás me consolaría si llegase usted á serle infiel á mi prima. Aquí viene—exclamó Isabel,—no digamos nada, ya arreglaré yo este asunto.

—Abraza á Isabel, ángel mío—dijo Wenceslao á su mujer,—ella nos sacará de apuros prestándonos sus economías.

—Entonces, espero que trabajarás, ¿verdad?—dijo Hortensia.

—¡Ah! desde mañana—respondió el artista.

—Ese mañana es el que nos arruina—respondió Hortensia sonriéndole

—¡Ah! querida mía, di tú misma si no me he encontrado siempre con impedimentos, con obstáculos y con negocios.

—Sí, tienes razón, amor mío.

—Yo tengo aquí grandes ideas y quiero llenar de asombro á mis enemigos—repuso Steimbock golpeándose la frente.—Quiero hacer un servicio de mesa de estilo alemán, del siglo xvi. Arrollaré hojas llenas de insectos y pondré sobre ellas niños recostados, todo ello mezclado con quimeras nuevas, con verdaderas quimeras. Ya lo tengo pensado. Será sencillo, ligero y elocuente á la vez. Chanor ha salido maravillado... Yo necesitaba ser animado por alguien, pues el último artículo que hicieron acerca del mariscal Montcornet, me había cortado las alas.

Durante un momento del día en que Wenceslao é Isabel estuvieron solos, el artista convino con la solterona en ir al día siguiente á ver en secreto á la señora Marneffe, en el caso de que su mujer no se lo permitiera.

CAPÍTULO XXII

Artista, joven y polaco, ¿qué queráis que hiciese?

Valeria, conoedora aquella misma noche de este triunfo, le exigió al barón Hulot que fuese á invitar á comer á Stidman, á Claudio Vignon y á Steimbock, pues comenzaba á tiranizarle como saben tiranizar esa clase de mujeres á los ancianos que corren de un lado á otro y van á pedir favores á aquellos que son necesarios á los intereses y á las vanidades de estas duras amantes.

Al día siguiente Valeria se preparó haciéndose uno de esos tocados que inventan las parisienses cuando quieren ostentar todas sus gracias. La joven se contempló como contempla el hombre que va á batirse sus armas y sus municiones. Ni un pliegue, ni una arruga. Valeria gozaba de toda su blancura y de toda su delicadeza. Sus lunares atraían insensiblemente la mirada. Aquellos sublimes esfuerzos, aquellos Austerlitz de la coquetería, originan modas para el amor que son adoptadas por las esferas inferiores cuando

las superiores empiezan ya á buscar otras. Aquella noche en que Valeria quería vencer, se pintó tres lunares y se peinó con una agua que cambió sus cabellos rubios en cabellos cenicientos. La señora Steimbock tenía el cabello de un color rubio ardiente, y Valeria no quería parecersele en nada. Aquel nuevo color del pelo comunicó algo de picante y de extraño á Valeria, la cual llegó á preocupar á sus amantes de tal modo, que Montes le dijo:

—¿Qué tiene usted esta noche?

Valeria se puso, además, en medio de sus pechos un bonito ramillete, y era su belleza tan excitante que no hubiese habido hombre de menos de treinta años que no hubiese bajado los ojos al verla.

—Estoy encantadora—se dijo mirándose al espejo.

Isabel había ido al mercado, y la comida había de ser una de esos banquetes superfinos propios de elevada gente de iglesia.

Stidman, Claudio Vignon y el conde de Steimbock, llegaron casi juntos á eso de las diez. Una mujer vulgar ó natural se hubiese presentado en seguida al oír el nombre del ser tan ardientemente deseado; pero Valeria, que hacía cinco horas que esperaba en su cuarto, dejó solos á sus tres convidados, segura de ser objeto de su conversación ó de sus pensamientos secretos. Ella misma, al dirigir el arreglo de su salón, había puesto en evidencia esas deliciosas insignificancias que produce París y que revelan á la mujer y la anuncian hasta cierto punto. Recuerdos de esmalte adornados con perlas, copas llenas de encantadores anillos, obras maestras de Sevres ó de Sajonia montadas con un gusto exquisito por Florent y Chanor, en fin estatuitas y álbums y todas esas chucherías que valen enormes sumas y que son encargadas por la pasión, en su primer delirio ó en su última reconciliación. Por otra parte, Valeria se hallaba bajo la impresión que causa el éxito; le había prometido á Crevel ser su mujer si Marneffe se moría. Ahora bien, el enamorado Crevel había colocado á nombre de Valeria Fortin los diez mil francos de renta, importe de sus ganancias en los negocios de ferrocarriles de tres años á aquella parte, es decir todo lo que había producido el capital de cien mil escudos que había ofrecido á la baronesa Hulot. Valeria poseía, pues, treinta y dos mil francos de renta. Crevel acababa de hacerle una promesa que tenía mucha más impor-

tancia que todo lo que le había dado hasta entonces. En el paroxismo de la pasión en que la duquesa le había sumido (tal era el nombre que daba á la señora de Marneffe para completar sus ilusiones) le dijo, ó le dejó ver la posibilidad de comprarle un palacio que un imprudente constructor había edificado en la calle de Barbete y que iba á ser puesto en venta. Valeria se veía ya en aquella encantadora casa entre patio y jardín y arrastrando coche.

—¿Qué vida honrada puede procurar todo esto en tan poco tiempo y con tanta facilidad? —le había dicho á Isabel.

Isabel comía aquel día en casa de Valeria á fin de poder decirle á Steimbock lo que nadie puede decirse á sí mismo de sí. La señora Marneffe, con la figura radiante de felicidad, hizo su entrada en el salón con una gracia modesta, seguida de Bel, la cual, vestida toda de negro y de amarillo, le servía para realzar aún más sus gracias.

—Buenos días, Claudio—dijo tendiendo la mano al antiguo y célebre crítico.

Como tantos otros, Claudio Vignon se había convertido en político, palabra nueva que servía para designar á un ambicioso en la primera etapa de su carrera. El político de 1840 es en cierto modo el cura del siglo XVIII. Ningún salón estaría completo sin un político.

—Querida mía, aquí tienes á mi primito el conde de Steimbock—dijo Isabel presentando á Wenceslao, que parecía pasar desapercibido para Valeria.

—Sí, ya he reconocido al señor conde—dijo Valeria haciendo con la cabeza un gracioso saludo al artista.—Le veía á usted con frecuencia en la calle de Doyene, y he tenido el gusto de asistir á su matrimonio. Querida mía—dijo á Isabel—es difícil olvidar á tu antiguo hijo, cuando se le ha visto una vez. El señor Stidman ha sido muy complaciente en aceptar mi invitación—repuso saludando al escultor.—Ya sabía que era usted amigo de estos dos señores, y como no hay nada más frío que una comida en la que los convidados no se conocen, he querido que estuviese usted aquí por ellos; pero otra vez vendrá usted por mí, ¿verdad?

Dicho esto, se paseó algunos instantes con Stidman, pareciendo únicamente preocupada de él. Se anunció sucesivamente á Crevel, al barón Hulot y á un diputado llamado Beauvisage. Este personaje, un Crevel de provincias, uno de esos hombres que han venido al mundo para hacer bulto,

militaba bajo la bandera del consejero de Estado Giraud y de Victorino Hulot. Estos dos políticos querían formar un partido intermedio de progresistas en la gran falange de los conservadores. Giraud iba á veces por la noche á casa de la señora Marneffe, la cual se alababa de tener también á Victorino Hulot; pero el abogado puritano había hasta entonces encontrado pretextos para oponer resistencia á su suegro. Presentarse en casa de la mujer que era la causa de las lagrimas de su madre, le pareció un crimen. Victorino Hulot era á los puritanos de la política lo que una mujer piadosa es á las devotas. Beauvisage, antiguo gorrero de Arcis, quería iniciarse en la vida de París. Este hombre, que era uno de los zoquetes de la cámara, se formaba en casa de la deliciosa y encantadora señora Marneffe, donde seducido por Crevel, aceptó á éste por maestro y por modelo, lo consultaba en todo, le pedía la dirección de su sastre, le imitaba y procuraba adquirir sus posiciones. Valeria, rodeada de todos estos personajes y de los tres artistas, le pareció á Wenceslao una mujer tanto más distinguida cuanto que Claudio Vignon le elogió á la señora de Marneffe como hombre enamorado.

—Es una señora Maintenon—le dijo el antiguo crítico.—Agradarla es cuestión de una noche en que se esté de chispa; pero ser amado por ella es un triunfo que puede halagar el orgullo de un hombre y ocupar su vida.

Valeria, fría é indiferente en apariencia con su antiguo vecino, atacó su vanidad sin saberlo, pues desconocía el carácter polaco. Hay en el eslavo un algo pueril como en todos los pueblos primitivamente salvajes que habiendo hecho irrupción en las naciones civilizadas, no se han civilizado realmente. Esta raza se ha extendido como una inundación y ha cubierto una inmensa superficie del globo. Habita desiertos cuyos espacios son tan vastos que vive uno allí á sus anchas, y como no se roza, como en Europa con los demás pueblos, su civilización resulta imposible. Ucrania, Rusia, las llanuras del Danubio y el pueblo eslavo son un punto de unión entre Europa y Asia, entre la civilización y la barbarie. Polonia, la fracción más rica del pueblo eslavo, tiene en el carácter puerilidades y la inconstancia de las naciones imberbes. Posee el valor, el talento y la fuerza, pero heridos de inconsistencia su valor, su fuerza y su talento no tienen método, pues los polacos ofrecen una

movilidad semejante á la del viento que reina en aquella inmensa llanura plagada de pantanos; si tiene la impetuosidad de los ventisqueros que derriban las casas, también tiene su escasa duración. El hombre toma siempre algo de los medios en que vive; en guerra continua con los turcos, los polacos han adquirido el gusto de las magnificencias orientales, sacrifican á veces lo necesario para brillar, se adornan como mujeres, y sin embargo el clima les ha dotado de la dura constitución de los árabes. El polaco, sublime en el dolor, ha cansado el brazo de sus opresores á fuerza de dejarse golpear, reanudando en el siglo XIX el espectáculo que ofrecieron los cristianos. Introducid un diez por ciento de socarronería inglesa en el carácter polaco tan franco y tan abierto, y la generosa águila blanca reinaria hoy en todas las partes en que reina el águila de dos cabezas. Un poco de maquiavelismo hubiera impedido á Polonia el salvar á Austria que la ha repartido, el pedir prestado á Prusia que la ha minado y el dividirse en el momento del primer reparto. En el bautizo de Polonia, una hada olvidada por los genios que atribuían á esta seductora nación las más brillantes cualidades, llegó sin duda á decir: «Conserva todos los dones que mis hermanas te han dispensado; pero tú no serás nunca lo que deseas». Si Polonia hubiese triunfado en su duelo heroico con Rusia, los polacos se batirían entre sí hoy como antaño en sus dietas para impedirse los unos á los otros el ser reyes. El día en que esta nación compuesta únicamente de temperamentos sanguíneos, tenga el buen sentido de buscar un Luis XI en sus entrañas y de aceptar la tiranía y la dinastía, quedará salvada. Lo que Polonia fué en política lo son la mayor parte de los polacos en su vida privada, sobre todo cuando llegan los desastres. Wenceslao Steimbock, que hacía tres años que adoraba á su mujer y que sabía que era un dios para ella, se sintió tan herido en su amor propio al ver que pasaba casi desapercibido para la señora de Marneffe, que se propuso obtener de ella alguna atención. Comparando á Valeria con su mujer, dió preferencia á la primera. Hortensia era una buena moza, como decía Valeria á Isabel, pero la señora Marneffe poseía, además, la delicadeza de las formas y el atractivo del vicio. La abnegación de Hortensia es un sentimiento que para un marido llega á carecer de valor, pues suele ocurrir con él como ocurre con el dinero recibido á préstamo, dinero que el deudor llega á creer suyo al cabo de

algún tiempo. Esta sublime lealtad se convierte en cierto modo en el pan cotidiano del alma, y la infidelidad seduce como una golosina. La mujer desdenosa irrita la curiosidad del mismo modo que las especies revelan la buena carne. El desprecio tan bien fingido por Valeria, era, además, una novedad para Wenceslao, sobre todo después de tres años de fáciles placeres. Hortensia fué la mujer y Valeria fué la querida. Muchos hombres quieren tener estas dos ediciones de la misma obra, á pesar de ser una prueba de inmensa inferioridad en un hombre el no saber hacer de su mujer su querida. La variedad en este género es una prueba de impotencia. La constancia será siempre el genio del amor, el indicio de una fuerza inmensa, lo que constituye al poeta. La mujer propia debe encarnar á todas las mujeres.

—¿Y qué le parece á usted de Valeria?—dijo Isabel á su primo en el momento en que le vió fascinado.

—Demasiado encantadora—respondió Wenceslao.

—Usted no quiso escucharme—repuso la prima Bel.—

¡Ah! Wenceslao mío, si usted hubiera permanecido á mi lado sería el querido de esa sirena, se hubiera casado con ella al quedar viuda y serían suyos los cuarenta mil francos de renta que ella tiene.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo!—respondió Isabel.—Bueno, ahora tenga usted cuidado, yo ya le prevengo el peligro y no vaya á ser que se quemé. Déme usted el brazo, que ya está la mesa puesta.

Ningún discurso podría ser más desmoralizador que éste, porque no tenéis más que enseñar un abismo á un polaco para que se arroje á él en seguida. Este pueblo tiene sobre todo el genio de la antigua caballería, y cree poder vencer todos los obstáculos y salir victorioso de ellos. Este espulso dado por Isabel á la vanidad de su primo fué apoyado por el espectáculo del comedor, donde brillaba un magnífico servicio de plata y donde Steimbock pudo ver todas las delicias del lujo parisiense.

—Más me hubiera valido casarme con ésta—se dijo para sus adentros.

Durante aquella comida, Hulot, contento de ver allí á su yerno, y más satisfecho aún de la certidumbre de una reconciliación con Valeria, estuvo encantador. Stidman respondió á la amabilidad del barón con su chispeante gracia de artista.

Steimbock no quiso dejarse eclipsar por su compañero y desplegó su ingenio, tuvo grandes salidas, é hizo tanto efecto, que quedó contento de sí mismo. La señora Marneffe le sonrió varias veces demostrándole que le comprendía. La comida y los vinos generosos acabaron de sepultar á Wenceslao en lo que es preciso llamar el lodazal del placer. Un poco alegre por el vino, Wenceslao, después de comer, fué á tenderse sobre un diván, en medio de una felicidad física y espiritual, que fué llevada al colmo por la señora Marneffe, yendo á sentarse á su lado, ligera, perfumada y en un estado capaz de condenar á los ángeles. La libertina se inclinó hacia Wenceslao, y le rozó casi la oreja para hablarle en voz baja.

—Esta noche no podemos hablar de ciertos asuntos, á menos que no quiera ser usted el último en marcharse. Entre usted, Isabel y yo, arreglaríamos las cosas á su gusto.

—¡Ah, señora, es usted un ángel!—dijo Wenceslao respondiéndole de la misma manera;—he hecho una tontería en no escuchar á Isabel.

—¿Qué le decía á usted Isabel?

—Me aseguraba, en la calle de Doyene, que usted me amaba.

La señora Marneffe miró á Wenceslao, fingió estar condescendiente y se levantó bruscamente. Una mujer joven y bonita no ha despertado nunca impunemente en un hombre la idea de un éxito inmediato. Aquel arranque de mujer virtuosa, reprimiendo una pasión guardada en el corazón, era mil veces más elocuente que la declaración más apasionada.

De esta suerte los deseos de Wenceslao fueron tan vivamente irritados, que el polaco redobló sus atenciones para con Valeria. Mujer vista, mujer deseada. De ahí proviene el terrible poder de las actrices. La señora Marneffe, al saber que era observada, obró como una actriz aplaudida, estuvo encantadora y obtuvo un triunfo completo.

—No me asombran las locuras de mi suegro—dijo Wenceslao á Isabel.

—Wenceslao—respondió la prima—si habla usted de ese modo, me arrepentiré toda la vida de haberle prestado esos diez mil francos. ¿Estará usted, acaso, como todos, enamorado de esa criatura? No olvide que será usted el rival de su suegro. En fin, tenga en cuenta la inmensa pena que le causaría á Hortensia.

—Es verdad—dijo Wenceslao.—Hortensia es un ángel y yo sería un monstruo.

—Sí, basta ya con uno en la familia—replicó Isabel.

—Los artistas no deberían casarse nunca—exclamó Steimbock.

—¡Ah! eso es lo que yo le decía en la calle de Doyene. Sus hijos deben ser los grupos, las estatuas, las obras maestras.

—¿Qué está usted diciendo?—dijo Valeria uniéndose a Isabel.—Sirve el té, prima.

Llevado de su fanfarronería polaca, Steimbock, quiso mostrarse familiar con aquella hada del salón, y después de haber insultado á Stidman, á Claudio Vignon y á Crevel con una mirada, tomó á Valeria de la mano y la obligó á sentarse á su lado.

—Conde Steimbock, es usted demasiado gran señor—le dijo ella resistiéndose un poco.

Y esto diciendo, se echó á reír, dejándose caer á su lado.

—¡Ay de mí! Si fuese gran señor no vendría aquí á pedir prestado.

—¡Pobre muchacho, cómo me acuerdo de sus noches de trabajo en la calle de Doyene! Fué usted un poco tonto. Se ha casado usted sin pensarlo; usted no conoce París. Vea usted cómo se halla. Pero es claro, se mostró usted sordo á la abnegación de Isabel que conoce á París de memoria.

—No me diga más nada—exclamó Steimbock,—bien castigado estoy.

—Mi querido Wenceslao, tendrá usted sus diez mil francos, pero con una condición—dijo jugando con sus admirables rizos.

—¿Cuál?

—Que no quiero intereses.

—Señora...

—¡Oh! no se enfade usted. Sustituirá los intereses por un grupo de bronce. Ya que comenzaba usted la historia de Sansón, acábela. Haga una Dalila cortándole los cabellos al hércules judío. Si quiere usted hacerme caso, yo espero que comprenderá el asunto. Se trata de denotar el poder de la mujer. Sansón allí no es nada; es el cadáver de la fuerza, mientras que Dalila, es la pasión que lo avasalla todo. ¡Qué hermoso es el pasaje de Hércules á los pies de Onfalos

en la mitología griega! ¿Es Grecia la que ha copiado á Judea ó es Judea la que ha sacado este símbolo de Grecia?

—¡Ah señora!—dijo Claudio Vignon, que se aproximó con Stidman al oír que se trataba de escultura.—Promueve usted con esa pregunta una grave cuestión: la de las épocas en que han sido compuestos los libros de la Biblia. El grande é inmortal Espinosa, tan estúpidamente comprendido entre el número de los ateos, no obstante haber demostrado matemáticamente la existencia de Dios, pretendió que el Génesis y la parte política de la Biblia son del tiempo de Moisés, y demostraba las interpolaciones por medio de pruebas filológicas.

—No sabía yo que fuese tan sabia—dijo Valeria contrariada al ver su entrevista interrumpida.

—Las mujeres lo saben todo por instinto—replicó Claudio Vignon.

—Bueno ¿me lo promete usted?—dijo ella á Steimbock.

—Querido mío—exclamó Stidman—¡qué feliz es usted! Cuánto desearía yo que esta señora me pidiese algo!

—¿Y qué es ello?—dijo Claudio Vignon.

—Un pequeño grupo de bronce, Dalila cortándole los cabellos á Sansón.

—Es difícil—advirtió Claudio Vignon—á causa de la cama.

—Al contrario, es excesivamente fácil—replicó Valeria sonriéndose.

—¡Ah! hablemos de la escultura—dijo Stidman.

—¿Es la señora la que ha de ser esculpida?—replicó Claudio Vignon dirigiendo á Valeria una maliciosa mirada.

—Bueno—dijo ésta,—he aquí cómo concibo yo la composición. Sansón se ha despertado sin cabellos, como muchos dandys que los llevan postizos. El héroe yace al borde de la cama, como Mario sobre las ruinas de Cartago, con los brazos cruzados y la cabeza afeitada. Dalila está arrodillada, poco más ó menos en la misma postura que la Magdalena de Cánova. Cuando una muchacha ha arruinado á su hombre, le mira. A mi juicio la judía temió al Sansón terrible y poderoso, pero tuvo que amar al Sansón débil. Dalila deplora, pues, su falta, quisiera devolver á su amante sus cabellos, pero se atreve á contemplarle, y le mira sonriendo, porque ve su perdón en su debilidad. Este grupo y el de la Judit dan una explicación de la mujer: la virtud corta la cabeza y el

vicio no corta más que los cabellos. Conque, cuidadito, señores, con sus tupés.

Y dicho esto, dejó confundidos á los dos artistas, los cuales, en unión del crítico, hicieron un concierto de alabanzas en su honor.

—No es posible ser más deliciosa,—exclamó Stidman.

—¡Oh!—dijo Claudio Vignon—es la mujer más inteligente y más deseable que yo he visto. ¡Es tan raro reunir la belleza y el talento!

—Si usted, que ha tenido el honor de conocer íntimamente á Camilo Maupín, dice usted lo que dice, ¿qué pensamos nosotros?—respondió Stidman.

—Si quiere usted hacer de Dalila un retrato de Valeria, mi querido conde—dijo Crevel que había dejado el juego por un momento y que lo había oído todo,—le pago mil escudos por un ejemplar de su grupo. ¡Oh! sí ¡diantre! mil escudos, me corro.

—¡Me corro! ¿qué quiere decir eso?—preguntó Beauvisage á Claudio Vignon.

—Sería preciso que la señora sirviese de modelo—dijo Steimbock á Crevel señalándole á Valeria.—Pregúnteselo.

En este momento Valeria llevaba una taza de té á Steimbock. Esto era más que una distinción, era un favor. En la manera como una mujer ejecuta esta función hay un lenguaje; y las mujeres lo saben bien. Así es que hay que estudiar con curiosidad sus movimientos, sus gestos, sus miradas, sus tonos, su acento, cuando cumplen este acto de cortesía tan sencillo en apariencia. Desde la pregunta: ¿Toma usted té? ¿quiere usted té? ¿Una taza de té? friamente formuladas, de la orden de hacerlo distribuir á la ninfa que tiene la tetera, hasta el enorme poema de la odalisca yendo de la mesa del té, con la taza en la mano, hasta el pachá del corazón y presentándose con aire sumiso, ofreciéndosela con voz cariñosa y con una mirada llena de promesas voluptuosas, un fisiólogo puede observar todos los sentimientos femeninos, desde la aversión y la indiferencia, hasta la declaración de Fedro á Hipólito. Las mujeres pueden hacerse aquí, á voluntad, despreciativas hasta el insulto, humildes hasta la esclavitud oriental. Valeria fué más que una mujer, fué la serpiente hecha mujer, acabó su obra diabólica, encaminándose hacia Steimbock con una taza de té en la mano.

—Tomaría—dijo el artista á Valeria al oído, levantándose

rozando sus dedos con los de Valeria—tantas tazas de té como usted quisiese ofrecerme, para ver presentármelas así.

—¿Qué habla usted de servir de modelo?—preguntó ella sin parecer haber recibido en el corazón aquella explosión tan rabiosamente esperada.

—El padre Crevel me compra por mil escudos un ejemplar del grupo de usted.

—¿El, mil escudos por un grupo?

—Sí, si quiere usted servir de modelo de Dalila—dijo Steimbock.

—No será verdad—repuso ella;—el grupo valdría más que su fortuna, pues Dalila debe estar un poco escotada.

Del mismo modo que Crevel tomó una posición favorita, todas las mujeres tienen una actitud victoriosa, una posición estudiada, en la que se hacen admirar irresistiblemente. Hay algunas que pasan su vida en los salones mirando el encaje de sus camisetas y poniendo en su lugar las hombrillas de sus vestidos, ó bien en hacer jugar el brillo de sus pupilas contemplando las cornisas. La señora Marneffe no triunfaba de pronto como todas las demás. Se volvió bruscamente para ir á la mesa del té á encontrar á Isabel, y este movimiento de bailarina agitando su vestido, con el cual había conquistado á Hulot, fascinó á Steimbock.

—Tu venganza es completa—dijo Valeria á Isabel al oído.—Hortensia llorará á mares y maldecirá el día en que se quitó á Wenceslao.

—Hasta que no sea la señora mariscala, no habré hecho nada—respondió la lorenesa;—pero ya empiezan todos á quererlo. Esta mañana he ido á casa de Victorino. Me he olvidado de contarte esto. Hulot hijo ha comprado á Vauvinet las letras de cambio del barón, y suscribirá mañana una obligación de setenta y dos mil francos al cinco por ciento de interés, reembolsables en tres años, con hipoteca sobre su casa. Ya tienes á Hulot hijo apurado para tres años, le será imposible ahora encontrar dinero sobre esa propiedad. Victorino está horriblemente triste, ha comprendido á su padre. Ya fin, Crevel es capaz de no ver más á sus hijos, tanto se separará al ver esta abnegación.

—El barón debe estar ahora sin recursos—dijo Valeria al oído á Isabel, sonriendo á Hulot.

—No veo de dónde pueda sacar dinero ahora; pero volverá á cobrar su sueldo en el mes de septiembre.

—Tiene su póliza de seguro, la ha renovado. Vaya, ya es tiempo de que haga á Marneffe jefe de negociado, voy á ase-
sinarle esta noche.

—Primo mío—fué á decir Isabel á Wenceslao,—retírese, se lo ruego. Está usted ridículo, mira usted á Valeria de un modo comprometedor para ella, y su marido es horriblemente celoso. No imite usted á su suegro y váyase á su casa; estoy segura de que Hortensia le espera.

—La señora Marneffe me ha dicho que me quedara el último para arreglar entre nosotros tres nuestro negocio—respondió Wenceslao.

—No—dijo Isabel,—voy á devolverle los diez mil francos, pues su marido tiene los ojos fijos en usted y sería imprudencia que se quedase. Mañana á las nueve traiga la letra de cambio; á esa hora ese chino de Marneffe está en su oficina, Valeria está tranquila... ¿Le ha pedido usted que le sirviese de modelo para un grupo?... Antes entre usted en mi casa. ¡Ah! ya sabía yo que era usted un libertino en germen—dijo Isabel sorprendiendo la mirada con que saludó Steimbock á Valeria.—Valeria es muy hermosa, pero procure no disgustar á Hortensia.

Nada irrita á los casados como el encontrar en todo tiempo á su mujer entre ellos y un deseo, aunque éste sea pasajero.

CAPÍTULO XXIII

La primera disputa de la vida conyugal

Wenceslao volvió á su casa á eso de la una de la madrugada, Hortensia le esperaba desde las nueve y media. Desde las nueve y media hasta las diez, escuchó el ruido de los coches, diciéndose que jamás Wenceslao, cuando comía con ella en casa de Chanor y Florent, había entrado tan tarde en casa. Cosía al lado de la cuna de su hijo, pues empezaba á ahorrar el jornal de una obrera, haciendo ella misma ciertas composturas. De las diez á las diez y media, tuvo un pensamiento de desconfianza, y se preguntó:

—¿Habrá ido á comer, como me ha dicho, á casa de Chanor y Florent? Ha querido, para vestirse, su corbata más bar-

mosa y su más hermoso alfiler. Ha empleado para vestirse tanto tiempo como una mujer que quiere aparecer más hermosa de lo que es. ¡Estoy loca! me ama. Ya está aquí.

En vez de detenerse, el coche que oyó la mujer, pasó. De las once á las doce, Hortensia se entregó á terrores inauditos, causados por la soledad de su barrio.

—Si ha vuelto á pie, puede haberle ocurrido alguna desgracia. Se mata uno tropezando contra el bordillo de una acera ó no esperando encontrar lagunas. ¡Son tan distraídos los artistas!... ¡Si le habrán atracado!... Esta es la primera vez que me deja sola durante seis horas y media. ¿Por qué he de atormentarme? Sólo me ama á mí.

Los hombres deberían ser fieles á las mujeres que les aman, aunque no fuese más que á causa de los milagros perpetuos producidos por el verdadero amor en el mundo sublime llamado *mundo espiritual*. Una mujer amante está, respecto al hombre amado, en la situación de una sonámbula á quien el magnetizador diese el triste poder, cesando de ser el espejo del mundo, de tener conciencia, como mujer, de lo que ve como sonámbula. La pasión hace llegar las fuerzas nerviosas de la mujer á un estado extático en que el presentimiento equivale á la visión de los videntes. Una mujer sabe que es traicionada, no escucha á nadie, duda, tanto ama! y desmiente el grito de su poder de pitonisa. Este paroxismo del amor debería tener un culto. En los espíritus nobles, la admiración de este divino fenómeno, será una barrera que las separará siempre de la infidelidad. ¿Cómo no adorar á una hermosa, á una espiritual criatura cuya alma llegue á semejante manifestación?... A la una de la madrugada, Hortensia había llegado á tal grado de angustia, que se precipitó hacia la puerta al conocer á Wenceslao en su manera de llamar, y lo cogió entre sus brazos, estrechándole maternalmente.

—¡Al fin, ya estás aquí!...—dijo ella recobrando el uso de la palabra.—Amigo mío, de aquí en adelante iré contigo á donde tú vayas, pues no quiero experimentar por segunda vez la tortura de semejante espera... ¡Te he visto tropezar contra un bordillo y con la cabeza abierta! ¡muerto por latrunciones! No, si me sucediera esto otra vez me volvería loca. ¡Te has divertido, pues, mucho... sin mí? ¡vil!

—¿Qué quieres, angelito mío? Estaba Bixiou, que nos ha hecho nuevos cargos; León de Lora, cuyo espíritu no se

ha agotado, Claudio Vignon, á quien debo el único artículo consolador que han escrito acerca del monumento del mariscal Montcornet. Había...

—¿No había mujeres?—preguntó vivamente Hortensia.

—La respetable señora Florent...

—Tú me habías dicho que era en el Rocher de Cancale, ¿era, pues, en su casa?

—Sí, en su casa, me he equivocado.

—¿No has venido en coche?

—No.

—¿Y vienes á pie desde la calle de Tournelles?

—Stidman y Bixiou me han acompañado por los bulevares hasta la Magdalena, al mismo tiempo que charlabamos.

—¿Pues están bien secos los bulevares, la plaza de la Concordia y la calle de Borgoña! ¡No te has ensuciado!—dijo Hortensia examinando las botas lustrosas de su marido.

Había llovido; pero de la calle Vanneau á la de San Dominico, Wenceslao no había podido ensuciar las botas.

—Toma, aquí tienes cinco mil francos que Chanor me ha prestado generosamente—dijo Wenceslao para cortar aquellas interrogaciones casi judiciales.

Había hecho dos paquetes con sus diez billetes de mil francos, uno para Hortensia y otro para él, pues tenía cinco mil francos de deudas ignoradas de Hortensia. Debía á su desbastador y á sus obreros.

—Ya estás tranquila, querida mía—dijo abrazando á su mujer.—Desde mañana me voy á poner á trabajar. ¡Oh! mañana, mañana saldré á las ocho y media y me iré al taller, de modo que me voy á acostar en seguida para levantarme temprano, ¿me lo permites, monona?

La sospecha que había entrado en el corazón de Hortensia desapareció; se vió á mil leguas de la verdad.

—Helo ya entregado al trabajo—se decía procediendo á vestir al niño.—¡Oh! lo veo, está animado de buenos propósitos. ¡Bah! si no tenemos la gloria de Miguel Angel, tendremos la de Benvenuto Cellini.

Mecida por sus propias esperanzas, Hortensia creía en un porvenir feliz; y hablaba á su hijo, que tenía veinte meses, ese lenguaje onomatopéyico que hace sonreír á los niños, cuando á eso de las once, la cocinera, que no había visto salir á Wenceslao, introdujo á Stidman.

—Dispense, señora—dijo el artista.—¡Cómo! ¿ha salido ya Wenceslao?

—Está en su taller.

—Venía á entenderme con él para dar principio á nuestros trabajos.

—Voy á enviarle á buscar—dijo Hortensia haciendo un signo á Stidman para que se sentase.

Hortensia, dando gracias al cielo por aquella casualidad, quiso retener á Stidman á fin de obtener detalles de la velada de la víspera. Stidman se inclinó para darle las gracias á la condesa por aquel favor. La señora Steimbock llamó, la cocinera acudió, y le dió la orden de que fuese á buscar al señor al taller.

—Se habrán divertido ustedes mucho ayer—dijo Hortensia,—pues Wenceslao no volvió hasta la una de la madrugada.

—¿Divertido?... No precisamente—respondió el artista, que había querido conquistar, la víspera, á la señora Marneffe.—Uno no se divierte en el mundo más que cuando se agitan en él intereses. Esa señora Marneffe es excesivamente espiritual, pero es coqueta...

—¿Y cómo la ha encontrado Wenceslao?—preguntó la pobre Hortensia tratando de permanecer tranquila;—no me ha dicho nada.

—Solo le diré una cosa—respondió Stidman—y es que la creo muy peligrosa.

Hortensia palideció como una recién parida.

—De modo que es... en casa de la señora Marneffe... y no... en casa de Chanor, donde comieron ustedes ayer...—dijo ella—con Wenceslao, y él...

Stidman, sin saber qué desgracia ocasionaba, adivinó que causaba una. La condesa no terminó su frase, se desmayó. El artista llamó y acudió la camarera. Cuando Luisa trató de llevar á la condesa de Steimbock á su habitación, un ataque nervioso de la mayor gravedad se declaró en medio de terribles convulsiones. Stidman, como todos los en que una involuntaria indiscreción destruye el catafalco elevado por la mentira de un marido en su interior, no podía creer que su palabra tuviese semejante poder, y pensó que la condesa se hallaba en ese estado enfermizo en que la contrariedad más ligera se convierte en un peligro. La cocinera vino á anunciar, desgraciadamente en voz alta, que el señor no estaba.

en su taller. En medio de su crisis, la condesa oyó esta respuesta, y las convulsiones se repitieron.

—¡Vaya usted á buscar á la madre de la señora!...—dijo Luisa á la cocinera—¡corra!

—Si supiese donde se encuentra Wenceslao, iría á advertirle—dijo Stidman desesperado.

—¡Está en casa de esa mujer!—exclamó la pobre Hortensia.—Se ha vestido diferentemente que para ir al taller.

Sidman corrió á casa de la señora Marneffe, reconociendo ese cálculo debido á la *segunda vista* de las pasiones. En este momento Valeria servía de modelo para la Dalila. Demasiado astuto para preguntar por la señora Marneffe, Stidman pasó muy tieso por la portería y entró rápidamente en el segundo piso, haciéndose este razonamiento:

—Si pregunto por la señora Marneffe, no estará en casa. Si pregunto estúpidamente por Steimbock, se reirán en mis narices...

¡Rompamos los cristales!

Al oír el campanillazo, Reina acudió.

—¡Diga usted al señor conde de Steimbock que venga! ¡su señora se muere!

Reina, que era tan lista como Stidman, le miró con aire pasablemente estúpido.

—Pero señor, no sé... lo que usted...

—Le digo que mi amigo Steimbock está aquí, su mujer se muere, y vale la pena que moleste usted á su señora.

Y Stidman se fué diciéndose:

—¡Oh! está.

En efecto, Stidman, que permaneció algunos instantes en la calle Vaneau, vió salir á Wenceslao, y le hizo seña de que se acercase. Después de haber contado la tragedia que se desarrollaba en la calle de San Domingo, Stidman rió á Steimbock por no haberle advertido que le guardase el secreto acerca de la comida de la víspera.

—¡Estoy perdido!—le dijo Wenceslao—pero te perdono. He olvidado nuestra cita para esta mañana, y he cometido la falta de no decirte que debíamos haber comido en casa de Florent. ¿Qué quieres? esa Valeria me ha vuelto loco; pero, querido mío, vale la gloria, vale la desgracia... ¡ah! es... ¡Dios mío! me veo sin salida. Aconsejame. ¿Qué decir? ¿cómo justificarme?

—¿Aconsejarte? no sé nada—respondió Stidman.—Pero

tu mujer te ama ¿verdad? Pues bien, creará todo lo que le digas. Sobre todo dile que ibas á mi casa, mientras que yo iba á la tuya, y de este modo salvarás el compromiso de esta mañana. Adiós.

Cuando estaba en el ángulo de la calle de Hillerín-Bertin, Isabel, advertida por Reina y que corría tras Steimbock se unió á él, pues lo temía todo de su candidez polaca. No queriendo verse comprometida, dijo algunas palabras á Wenceslao, el cual, en su alegría, la abrazó en medio de la calle. Había tendido, sin duda, al artista una plancha para pasar aquel estrecho de la vida conyugal.

Al ver á su madre, que había llegado á toda prisa, Hortensia derramó torrentes de lágrimas. De modo que la crisis nerviosa cambió felizmente de aspecto.

—¡Traicionada, mi querida mamá!—le dijo.—Después de haberme dado su palabra de honor de no ir á casa de la señora de Marneffe, Wenceslao comió ayer en ella, y no ha vuelto hasta la una y cuarto de la madrugada. ¡Si tú supieses! Antes de ayer habíamos tenido, no una disputa, sino una explicación... ¡Le dije cosas tan conmovedoras! «que estaba celosa, que una infidelidad me mataría; que estaba sombría, que debía respetar mis debilidades, puesto que mi amor hacia él era el que las causaba; que tenía en las venas tanta sangre de mi padre como tuya; y en el primer momento de verme traicionada, sería capaz de hacer locuras, de vengarme, de deshonrarnos á todos: á él, á su hijo y á mí, en fin, que podría matarlo á él y matarme yo después», etc. ¡Y ha ido allá! ¡y está ahora allí! Esa mujer se ha propuesto hacernos desgraciados á todos. Ayer mi hermano y Celestina se han comprometido á retirar setenta y dos mil francos de letras suscritas para esa cualquiera. Sí, mamá, iban á perseguir á mi padre y á encarcelarlo. ¿No tiene bastante esa mujer con mi padre y con tus lágrimas? ¿Por qué me ha de quitar á Wenceslao? ¡Iré á su casa y la coseré á puñaladas!

La señora Hulot, herida en el corazón por la horrible confidencia que en medio de su rabia le hacía Hortensia sin saberlo, ocultó su dolor con uno de esos heroicos esfuerzos de que son capaces las grandes madres, y colocó la cabeza de su hija en su seno para cubrirla de besos.

—Espera á Wenceslao, hija mía, y todo se aclarará. El mal no debe ser tan grande como tú crees. ¡Yo también he sido traicionada, mi querida Hortensia! Tú me encuentras

hermosa, soy virtuosa, y sin embargo hace veintitrés años que me veo abandonada por las Jeny Cadine, por las Josefás, por las Marneffe... ¿lo sabías esto?

—¡Tú, mamá, tú!... ¿tú sufres como sufro yo ahora, desde hace veinte años?...

Y se detuvo ante sus propias ideas.

—Imítame, hija mía—repuso la madre.—Sé dulce y buena y tendrás la conciencia tranquila. Y en el lecho de muerte, un hombre se dice: «¡Mi mujer no me ha causado jamás la menor pena!» Y Dios que oye estos últimos suspiros, nos los tiene en cuenta. Si yo me hubiese entregado á furiosos como tú, ¿qué hubiese sucedido? A tu padre se le hubiese agriado el carácter, tal vez me hubiese abandonado, y no se habría visto retenido por el temor de afligirme. Nuestra ruina, que se ha consumado hoy, lo hubiese sido diez años antes, y hubiésemos ofrecido el espectáculo de un marido y una mujer viviendo cada uno por su lado, escándalo horrible y desolador, porque es la muerte de la familia. Ni tu hermano ni tú hubieseis podido estableceros... Yo me he sacrificado, y tan valerosamente que, sin esta última pasión de tu padre, el mundo me creería aún feliz. Mi oficiosa y muy valerosa mentira, ha protegido hasta ahora á Héctor y es aún muy considerado; únicamente que su pasión de anciano lo lleva demasiado lejos, lo veo. Su locura, lo temo, romperá el cancel que yo había colocado entre el mundo y nosotros... Pero he mantenido durante veintitrés años esa cortina, detrás de la cual yo lloraba, sin madre y sin confidente, sin otro socorro que el de la religión, y he cuidado durante veintitrés años por el honor de la familia.

Hortensia escuchaba á su madre con los ojos fijos. La voz tranquila y la resignación de aquel supremo dolor, calmó la irritación de la primera herida hecha al corazón de la recién casada; las lágrimas acudieron á sus ojos y las derramó á torrentes. En un acceso de piedad filial, aplastada por la sublimidad de su madre, se arrodilló ante ella, le cogió las faldas y las besó, como los católicos piadosos besan las santas reliquias de un mártir.

—Levántate, Hortensia mía,—dijo la baronesa.—¡Semejante testimonio de mi hija borra muchos malos recuerdos! Ven á mi corazón, que sólo está oprimido por tu pena. La desesperación de mi pobre hija, cuya alegría era mi única alegría, ha roto el sello sepulcral que nada debía quitar de

mis labios. Sí, quería llevar mis dolores á la tumba, como un sudario más. Para calmar tu dolor he hablado... ¡Dios me perdonará! ¡Oh! Si mi vida tuviese que ser tu vida, ¡qué no haría yo!... Los hombres, el mundo, la casualidad, la naturaleza, hasta creo que Dios, nos venden el amor al precio de las torturas más crueles. Pagaría veinticuatro años de desesperación, de penas incesantes, de amarguras, diez años felices...

—Tú has tenido diez años, mi querida mamá, y yo tres solamente—dijo la egoísta enamorada.

—Nada se ha perdido, hija mía, espera á Wenceslao.

—Mamá—dijo ella.—¡Ha mentido! ¡me ha engañado!... ¡me ha dicho: «No iré», y ha ido! Y esto ante la cuna de su hijo.

—Por su placer, ángel mío, los hombres cometen las mayores cobardías, infamias, crímenes, y, según parece, está ahí su naturaleza.

Nosotras las mujeres, estamos consagradas al sacrificio. Creía que mis desgracias se habían acabado, y ahora empezaban, pues no esperaba sufrir doblemente sufriendo mi hija. ¡Valor y silencio! Hortensia mía, júrame no contar á nadie más que á mí tus penas, no dejar ver nada delante de terceros... ¡Oh! sé tan orgullosa como tu madre.

En este momento, Hortensia se estremeció: oyó el paso de su marido.

—Según parece—dijo Wenceslao,—Stidman ha venido mientras yo le he ido á buscar á su casa.

—¿De veras?—exclamó la pobre Hortensia con la salvaje ironía de una mujer ofendida que se sirve de la palabra como de un puñal.

—Sí, acabamos de encontrarnos—respondió Wenceslao fingiendo sorpresa.

—Pero ¿y ayer?...—repuso Hortensia.

—Bien; te he engañado, amor mío, y tu madre va á juzgarnos.

Esta franqueza desahogó el corazón de Hortensia. Todas las mujeres verdaderamente nobles, prefieren la verdad á la mentira. No quieren ver á su ídolo degradado, quieren estar orgullosas de la dominación que aceptan. Este sentimiento existe en los rusos á propósito de su czar.

—Escuche usted, madre mía—dijo Wenceslao.—Amo tanto á mi buena y dulce Hortensia, que le he ocultado la

extensión de nuestra estrechez. ¿Qué quiere usted!... amantaba aún, y las penas le hubiesen causado mucho daño. Ya sabe usted lo que peligra una mujer en ese estado. Su hermosura, su frescura y su salud están en peligro. ¿He obrado mal? Ella cree que sólo debemos cinco mil francos, pero debo otros cinco mil... Antes de ayer estábamos desesperados. Nadie quiere prestar á los artistas. Desconfían de nuestro talento, tanto como de nuestras extravagancias. He llamado en vano á todas las puertas. Isabel nos ha ofrecido sus economías.

—¡Pobre muchacha!—dijo Hortensia.

—¡Pobre muchacha!—dijo la baronesa.

—Pero ¿qué son los diez mil francos de Isabel?... Todo para ella, nada para nosotros. Entonces la prima nos ha hablado, ya sabes Hortensia, de la señora Marneffe, la cual por amor propio, debiéndoselo todo al barón, los dejaría sin el menor interés... Hortensia ha querido llevar sus diamantes al Monte de piedad. Tendríamos algunos millares de francos, y necesitábamos diez mil. Estos diez mil francos se encontraban allí, sin interés, por un año... Y me he dicho: «Hortensia no sabrá nada, vayamos á por ellos.» Esta mujer me invitó por conducto de mi suegro á comer ayer en su casa, dándome á entender, al mismo tiempo que Isabel había hablado y que tendría el dinero. Entre la desesperación de Hortensia, á esa comida, no he dudado. Esto es todo. ¿Cómo Hortensia, á los veinticuatro años, fresca, pura y virtuosa, ella que es mi dicha y mi gloria, de quien no me he separado un momento desde nuestro casamiento, puede imaginar que prefiera, ¡á quién!... á una mujer curtida, ajada y pasada?—dijo empleando una atroz expresión de la jerga de los talleres para hacer creer en su desprecio con una de esas exageraciones que agradan á las mujeres.

—¡Ah! ¡Si tu padre me hubiese hablado así!—exclamó la baronesa.

Hortensia se arrojó graciosamente al cuello de su marido.

—Sí, eso es lo que yo hubiese hecho—dijo Adelina.—Wenceslao, amigo mío, su mujer ha estado á punto de morir—añadió gravemente.—Ya ve usted cuánto le ama. Es de usted, ¡ay de mí! (y suspiró profundamente). Puede hacer de ella una mártir ó una mujer feliz—se dijo á sí misma pensando lo que piensan todas las madres desde el momento que

se casan sus hijas.—Me parece que sufro bastante para ver á mis hijos felices—añadió en voz alta.

—Tranquilícese, querida mamá—dijo Wenceslao en el colmo de la dicha al ver que había terminado tan felizmente aquella crisis.—En dos meses habré devuelto el dinero á esa horrible mujer. ¿Qué quiere usted?—añadió repitiendo una palabra esencialmente polaca con la gracia polaca—hay momentos en que uno pediría prestado al diablo. Después de todo, es dinero de la familia. Y una vez invitado, ¿hubiese tenido ese dinero que nos cuesta tan caro, si hubiese contestado con una grosería á una cortesía?

—¡Oh mamá! ¡cuánto daño nos causa papá!—exclamó Hortensia.

La baronesa se llevó un dedo á los labios, y Hortensia se arrepintió de aquella queja, la primera que dejaba escapar acerca de un padre tan heroicamente protegido por un sublime silencio.

—Adios, hijos míos—dijo la señora Hulot,—ya ha vuelto el buen tiempo; pero no os enfadéis más.

Cuando después de haber despedido á la baronesa, Wenceslao y su mujer estuvieron solos en su habitación, Hortensia dijo á su marido:

—Cuéntame lo de anoche.

Y espío el rostro de Wenceslao durante aquel relato, entre cortado por esas preguntas que se escapan de los labios de una mujer en semejante caso. Este relato puso pensativa á Hortensia, la cual entreveía las diabólicas diversiones que los artistas debían encontrar en aquella viciosa sociedad.

—Sé franco, mi Wenceslao... Estaban allí Stidman, Claudio Vignon, Berniset, ¿quién más? En fin, ¿te divertiste?

—¡Yo!... No pensaba más que en nuestros diez mil francos, y me decía: «Mi Hortensia no tendrá inquietudes».

Este interrogatorio cansábale enormemente al liboniano, y se aprovechó de un momento de alegría para decir á Hortensia:

—Y tú, ángel mío, ¿qué hubieses hecho si tu artista hubiese sido culpable?

—Yo—dijo ella con un airecillo decidido.—Hubiese tomado á Stidman, pero sin amarle, se comprende.

—¡Hortensia!—exclamó Steimbock levantándose con brusquedad y con un movimiento teatral.—¡No hubieses tenido tiempo! ¡te hubiera matado!

Hortensia se arrojó sobre su marido, lo abrazó fuertemente, le cubrió de cariño y le dijo:

—¡Ah! ¡me amas, Wenceslao! ¡ya no temo nada! Pero basta de Marneffe. No te sumerjas jamás en semejantes pantanos...

—Te juro, mi querida Hortensia, que no volveré más que para retirar mi letra.

Hortensia se enfurruñó, pero como se enfurruñan las mujeres amantes que quieren los beneficios de semejante enfurruñamiento. Wenceslao, cansado de semejante mañana, dejó á su mujer que se enfurruñase y se fué á su taller á hacer el bosquejo del grupo de Sansón y Dalila, cuyo diseño estaba en su bolsillo. Hortensia, inquieta por su enfado, y creyendo enojado á Wenceslao, fué al taller en el momento en que su marido terminaba de amasar la arcilla con una rabia que concede á los artistas más potencia de fantasía. Al ver á su mujer, arrojó vivamente un trapo mojado sobre el grupo esbozado y cogió á Hortensia entre sus brazos diciéndole:

—¡Ah! No estamos enfadados ¿verdad, nena mía?

Hortensia había visto el grupo, el trapo arrojado encima de él, y no había dicho nada; pero antes de abandonar el taller, se volvió, quitó el trapo, miró el busto y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un grupo cuya idea se me ha ocurrido.

—¿Y por qué me lo has ocultado?

—Quería enseñártelo acabado.

—¡La mujer es muy bonita!—dijo Hortensia.

Y mil sospechas nacieron en su alma, como nacen en las Indias, de la noche á la mañana, esas vegetaciones grandes y frondosas.

CAPITULO XXIV

Los cinco padres de la iglesia Marneffe

Al cabo de unas tres semanas, la señora Marneffe estaba profundamente irritada contra Hortensia. Las mujeres de esta clase tienen su amor propio, quieren que se bese el espolón del diablo y jamás perdonan á la virtud que no teme

su poder ó que lucha con ellas. Ahora bien, Wenceslao no había hecho una sola visita á la calle Vanneau, ni siquiera la que exige la cortesía después de la actitud de una mujer á lo Dalila. Cada vez que Isabel había ido á casa de los Steimbock no había encontrado á nadie en casa, pues los señores vivían en el taller. Isabel, que fué á buscar á los dos tortolillos á su niño del Gros Caillou, vió allí á Wenceslao trabajando con ardor y supo por la cocinera que la señora no dejaba nunca solo al señor. Wenceslao sufría el despotismo del amor. Valeria adoptó, pues, por su cuenta el odio que Isabel tenía á Hortensia. Las mujeres sienten tanto interés por los amantes que les disputan, como los hombres por las mujeres que son deseadas por varios fatuos; así es que las reflexiones hechas con motivo de la señora de Marneffe, pueden aplicarse perfectamente á los hombres afortunados del amor, que son una especie de cortesanas hombres. El capricho de Valeria fué una verdadera rabia: deseaba á toda costa tener su grupo, y un día se proponía ya ir al taller á ver á Wenceslao, cuando ocurrió uno de esos graves acontecimientos que pueden llamarse *frutus belli* para esta clase de mujeres. He aquí cómo dió cuenta Valeria de este hecho, enteramente personal. Almorzaba con Isabel y con el señor Marneffe.

—Dime, Marneffe: ¿sospechas tú que vas á ser padre por segunda vez?

—¿De veras estás embarazada?... ¡Oh! deja que te bese. Y esto diciendo, se levantó, dió la vuelta á la mesa, y su mujer le presentó la frente de modo que el beso no hiciese más que rozarle los cabellos.

—De esta hecha sí que soy jefe de negociado y oficial de la Legión de honor—repuso Marneffe.—¡Ah! hermosa mía, yo no quiero que Estanislao quede arruinado. ¡Pobrecillo!

—Sí, pobrecillo—exclamó Isabel.—Hace siete meses que no le han visto ustedes, y yo paso en el colegio por madre tuya porque soy la única de la casa que se ocupa de él.

—Un hijo que nos cuesta cien escudos trimestrales. Por otra parte, ese sí que es hijo tuyo, Marneffe, y deberías pagar tu pensión de tu sueldo... El nuevo, lejos de ocasionarte gasto alguno, nos salvará de la miseria.

—Valeria—respondió Marneffe imitando á Crevé en la actitud,—espero que el señor barón Hulot se ocupará de su hijo y no lo dejará á cargo de un pobre empleado. Yo pienso mostrarme muy exigente con él. Así es que procure usted

asegurarse, señora. Procure lograr de él documentos en que hable de su dicha, pues veo que se hace rogar bastante para mi nombramiento.

Y Marneffe se fué á la oficina, donde la preciosa amistad de su director le permitía ir tarde y trabajar poco, aunque esto último lo había logrado siempre, gracias á su notoria incapacidad y á su aversión al trabajo.

Una vez solas Isabel y Valeria, se miraron durante un instante como agoreros y soltaron á la vez una sonora carcajada.

—Pero ¿es verdad eso, Valeria, ó es todo una comedia?—dijo Isabel.

—Es una verdad física—respondió Valeria.—Hortensia me revienta, y esta noche pensaba hacer caer como una bomba la noticia de este hijo en casa de Wenceslao.

Valeria se fué á su cuarto seguida de Isabel, y le enseñó la siguiente carta:

«Wenceslao, amigo mío, aunque no te he visto hace ya más de veinte días, sigo creyendo en tu amor. ¿Me desprecias, acaso? No puedo creerlo. ¿Es tu ausencia un efecto de la tiranía de una mujer á quien has dicho que no podías amar ya? Wenceslao, eres demasiado buen artista para dejarte dominar de ese modo. El hogar es la tumba de la gloria... mira si te pareces en nada al Wenceslao de la calle de Doyene. Has fracasado con el monumento de mi padre, pero el amante fué muy superior al artista y has tenido más suerte con la hija: mi adorado Wenceslao, eres padre. Si no vinieses á verme en el estado en que me encuentro, pasarías por un mal sujeto á los ojos de tus amigos; pero, lo veo, te amo tan locamente, que nunca tendré fuerza para maldecirte. ¿Puedo seguir diciéndome

»TU VALERIA?»

—¿Qué te parece mi proyecto de enviar esta carta al taller en el momento en que nuestra querida Hortensia esté sola?—preguntó Valeria á Isabel.—Ayer por la noche supe por Stidman que Wenceslao tiene que ir á las once á casa de Chanor, de modo que esa fregona de Hortensia estará sola.

—Sí, pero después de ese golpe—respondió Isabel—yo no podré ser ya ostensiblemente amiga tuya, y será preciso que me despida de ti y que finja no verte ni hablarte.

—Es claro—dijo Valeria,—pero...

—¡Oh! no tengas cuidado—respondió Isabel,—nos volveremos á ver cuando yo sea la señora mariscal. Ahora todos lo desean, y el barón es el único que ignora este proyecto; pero tú le decidirás.

—Sí, pero es muy posible que yo esté muy pronto reñida con el barón—respondió Valeria.

—La señora Olivier es la única que puede fingir que Hortensia le sorprende la carta—dijo Isabel.—Antes de ir al taller, hay que enviarla primero á la calle de San Domingo.

—¡Oh! nuestra gatita estará en casa—respondió la señora Marneffe, llamando á Reina para que fuese á ver á la señora Olivier.

Diez minutos después del suceso de aquella fatal carta, el barón Hulot se presentó, y la señora Marneffe se arrojó como una gata al cuello del anciano para decirle al oído:

—Héctor, eres padre; he aquí lo que resulta de reñir y reconciliarse.

Al ver cierto asombro que el barón no pudo disimular bastante pronto, Valeria afectó un aire frío que desesperó al consejero de Estado. La muy ladina se hizo arrancar las pruebas más decisivas una á una. Cuando la convicción, auxiliada por la vanidad, hubo penetrado en el espíritu del anciano, Valeria le habló del furor del señor Marneffe y le dijo:

—Viejo mío, no te será difícil hacer que nombren oficial de la Legión de honor y jefe de negociado á tu editor responsable, porque al pobre hombre lo has arruinado, pues adora á su Estanislao, á su pequeño monstruo que se parece á él y á quien yo no puedo sufrir. Esto, si no quieres dar una renta de doce mil francos á Estanislao, cediéndome á mí el usufructo.

—Pero, mujer, si yo he de asegurar una renta, prefiero hacerlo á nombre de mi hijo—dijo el barón.

Esta frase imprudente en que la palabra *mi hijo* brotó como un río que se desborda, fué transformada, al cabo de media hora de conversación, en una promesa formal de procurar al niño que había de venir una renta de mil doscientos francos. Esta promesa hecha, fué para Valeria como un tambor en manos de un niño, pues había de servirle para sacar partido de ella por espacio de veinte días.

En el momento en que el barón de Hulot salía de la calle de Vanneau, feliz como el recién casado que desea un here-

dero, la señora Olivier se hacía arrancar por Hortensia la carta que debía entregar en las propias manos del señor conde. La joven dió por aquella carta una moneda de veinte francos. El suicida paga el opio, la pistola ó el carbón de que se sirve. Hortensia la leyó y la releyó, y después de leerla, todo en la naturaleza le pareció negro, y sólo veía aquella carta blanca plagada de obscuras líneas. La noche más profunda reinaba en torno de ella, y el papel sólo estaba alumbrado por el resplandor del incendio que devoraba el edificio de su dicha. Los gritos de su pequeño Wenceslao que jugaba llegaban á sus oídos, como si el niño estuviese en el fondo de un valle y ella ocupase la cima. Ultrajada á los veinticuatro años con todo el brillo de su belleza y animada por un amor puro y sincero, aquello no fué para ella una puñalada, sino la muerte. El primer ataque había sido puramente nervioso, y el cuerpo había cedido bajo el peso de los celos; pero la certidumbre atacó al alma, y el cuerpo quedó anonadado. Hortensia permaneció durante unos diez minutos bajo esta opresión, pero luego el fantasma de su madre se le presentó y operó en ella una revolución, y recobrando la razón, tornóse tranquila y fría. Luego llamó y le dijo á la cocinera:

—Querida mía, que le ayude á usted Luisa y hagan entre las dos, lo antes posible, unos paquetes con todo lo que nos pertenece á mí y á mi hijo. Les doy á ustedes una hora de tiempo, y cuando hayan terminado, vayan á buscar un coche y adviértanmelo. Nada de observaciones. Yo dejo la casa y me llevo á Luisa, y usted se quedará con el señor; procure cuidarle bien.

Dicho esto, pasó á su cuarto, se sentó á la mesa y escribió la siguiente carta:

«Señor conde: La carta adjunta le dará una explicación de la resolución que he tomado.

»Cuando lea usted estas líneas, habré dejado su casa y me habré ido con nuestro hijo al lado de mi madre.

»No cuente usted con que yo vuelva nunca de mi acuerdo, ni crea tampoco que esto es producto de la fogosidad de la juventud, de la irreflexión, ni de la vivacidad del amor ofendido, porque se engañaría por completo.

»Hace quince días que pienso detenidamente en la vida, en el amor, en nuestra unión y en nuestros deberes mutuos. Yo he conocido á mi madre con toda su abnegación, porque ella

me ha contado sus dolores, y ella es heroica todos los días desde hace ya veintitrés años; pero yo no me siento con fuerzas para imitarla, no porque le ame á usted menos de lo que ella ama á mi padre, sino por razones sacadas de nuestro carácter. Nuestra casa se convertiría en un infierno, y yo podría perder la cabeza hasta el punto de deshonrarle á usted, de deshonrarme y de deshonrar á nuestro hijo. Yo no quiero ser una señora Marneffe, porque, ya en esta senda, una mujer de mi temple tal vez no se detendría. Desgraciadamente para mí, yo soy una Hulot y no una Fischer.

»Sola y lejos del espectáculo de los desórdenes de usted, respondo de mí, sobre todo si estoy ocupada en nuestro hijo y al lado de mi fuerte y sublime madre, cuya vida aplacará los movimientos tumultuosos de mi corazón. Allí puedo ser una buena madre, educar bien á nuestro hijo y vivir. En nuestra casa, la mujer anularía á la madre y las incesantes disputas agriarían mi carácter.

»Yo aceptaría la muerte de una vez; pero no quiero estar enferma durante veinticinco años, como mi madre. Si usted me ha hecho traición después de tres años de un amor absoluto y continuo, entregándose á la querida de su suegro, ¿qué rivales no me haría usted ver más tarde? ¡Ah! señor, usted empieza mucho antes que mi padre esa carrera de libertinaje y de liberalidad que deshonra á un padre de familia, que disminuye el respeto de los hijos y que tiene por fin la vergüenza y la desesperación.

»Yo no soy implacable. Sentimientos inflexibles no convienen á seres débiles que viven bajo el cuidado de Dios. Si conquista usted gloria y fortuna mediante arduos trabajos y si renuncia á las cortesanas y á los innobles y cenagosos senderos, encontrará una mujer digna de usted.

»Le creo demasiado noble para recurrir á la ley. Señor conde, espero que respetará mi voluntad dejándome en casa de mi madre, y, sobre todo, que no se presentará nunca allí. Le dejo todo el dinero que le ha prestado esa odiosa mujer. Adiós.

»HORTENSIA HULOT.»

Esta carta fué escrita penosamente, pues Hortensia se entregaba á los llantos y gritos de la pasión ahogada y tomaba y dejaba la pluma para expresar sencillamente lo que el amor declama ordinariamente en estas cartas testamentarias.

El corazón se producía mediante interjecciones, quejas y llantos; pero la razón dictaba.

La joven, advertida por Luisa de que todo estaba dispuesto, recorrió lentamente el jardinito, el cuarto, el salón, y le dirigió á todo una última mirada. Luego hizo á la cocinera las recomendaciones más vivas para que mirase por el bienestar del señor, prometiéndole recompensarla si se mostraba buena. Por fin, subió al coche para trasladarse á casa de su madre, con el corazón lacerado, llorando lastimosamente y cubriendo de besos al pequeño Wenceslao con un goce delirante que denotaba aún el amor por el padre.

La baronesa sabía ya por Isabel que el suegro era culpable en parte de la falta del yerno; así es que no la sorprendió ver llegar á su hija, y aprobó y consintió su decisión de estar á su lado. Al ver Adelina que el cariño y la abnegación no habían detenido nunca á Héctor, que empezaba ya á perder su afecto, juzgó que su hija tenía razón en seguir otra senda. En veinte días, la pobre madre acababa de recibir dos heridas, cuyos sufrimientos no podían compararse á todas sus pasadas torturas. El barón había puesto á Victorino y á su mujer en verdaderos apuros, y además él era, según Isabel, la causa de los desórdenes de Wenceslao. La majestad de aquel padre de familia, mantenida durante tanto tiempo mediante insensatos sacrificios, estaba degradada. Sin sentir el dinero, los jóvenes Hulot sentían á la vez desconfianza é inquietud con respecto al barón. Este sentimiento bastante visible afligía profundamente á Adelina, que temía la disolución de la familia. La baronesa albergó á su hija en el comedor, que no tardó en quedar transformado en dormitorio, gracias al dinero del mariscal, y la antesala pasó á ser comedor, como ocurre en muchas casas.

Cuando Wenceslao volvió á su casa y acabó de leer las dos cartas, sintió una mezcla de alegría y de tristeza, pues viéndose vigilado hasta cierto punto por su mujer, se había rebelado interiormente contra aquella nueva sumisión á la Isabel. Hastiado de amor desde hacía tres años, él también había reflexionado durante aquellos últimos quince días y encontraba pesada la familia. Trataba de ser felicitado por Stidman con motivo de la pasión que inspiraba á Valeria, pues Stidman, con una intención fácil de adivinar, juzgaba conveniente adular la vanidad del marido de Hortensia esperando consolar á la víctima. Wenceslao se consideró, pues,

feliz pudiendo volver á casa de la señora Marneffe; pero recordó la dicha entera y pura de que había gozado, las perfecciones de Hortensia, su juiciosa conducta, y su sencillo é inocente amor, y lo sintió vivamente, tanto que quiso correr á casa de su suegra para obtener su perdón; mas hizo como Hulot y como Crevel, fué á ver á la señora Marneffe, llevándole la carta de su mujer para hacerle ver el desastre que había causado y para indemnizarse de su desgracia mediante la obtención de los favores de su querida. Encontró á Crevel en casa de Valeria. El alcalde, henchido de orgullo, iba y venía por el salón como hombre agitado por sentimientos tumultuosos, se ponía en actitud de hablar y luego no se atrevía. Su fisonomía resplandecía, y corría á la ventana á tocar el tambor con los dedos en los cristales. Después miraba á Valeria con aire conmovido y tierno. Afortunadamente para Crevel, entró Isabel.

—Prima,—le dijo al oído—¿sabe usted la nueva? ¡Soy padre! ¡Ya me parece que quiero menos á mi pobre Celes-tina! ¡Oh! ¡lo que es el tener un hijo de la mujer que se idolatra! ¡Unir la paternidad del corazón á la paternidad de la sangre! ¡Oh! mire, dígaselo á Valeria, voy á trabajar para ese hijo, pues quiero que sea rico. Me ha dicho que por ciertos indicios cree que será un niño. Si es un niño, quiero que se llame Crevel: consultaré á mi notario.

—Yo sé lo mucho que le ama á usted—dijo Isabel,—pero en nombre de su porvenir, conténgase y no se frote las manos á cada paso.

Mientras que Crevel hacía este apartado, Valeria le había vuelto á pedir su carta á Wenceslao y le decía al oído palabras que disipaban su tristeza.

—Ya estás libre, amigo mío. ¿Acaso deben casarse nunca los artistas? Vosotros no podéis vivir sin caprichos y sin libertad. ¡Oh! mi querido poeta, yo te amaré tanto que nunca echarás de menos á tu mujer. Sin embargo, si quieres guardar las apariencias, yo me encargo de hacer volver á Hortensia á tu casa antes de poco tiempo.

—¡Oh, si eso fuese posible!

—Estoy segura de ello—dijo Valeria picada.—Tu pobre suegro es un buen hombre en toda la extensión de la palabra, que por amor propio quiere parecer que es amado y hacer creer que tiene una querida, y tiene tanta vanidad en este punto, que yo lo gobierno á mi antojo. La baronesa ama aún

tanto á su viejo Héctor (siempre me parece que hablo del de la Iliada), que los dos viejos lograrán que Hortensia se reconcilie; únicamente que si no quieres tener disgustos en tu casa es preciso que no dejes pasar veinte días sin venir á ver á tu querida, porque si no yo me moriría. Cuando un hombre es noble, querido mío, debe tener toda clase de consideración á la mujer á quien ha comprometido del modo que yo lo estoy, sobre todo cuando esta mujer tiene que tomar sus precauciones para guardar su reputación. Quédate á comer, ángel mío... y piensa que yo debo mostrarme tanto más fría contigo cuanto que tú eres el autor de esta visible falta.

Anunciaron al barón Montes, y Valeria se levantó, corrió á su encuentro, le habló durante algunos instantes al oído y empleó con él la misma actitud misteriosa que había empleado con Wenceslao, dando esto por resultado el que el brasileño afectase una actitud diplomática apropiada á la gran noticia que le colmaba de alegría, pues él sí que estaba seguro de su paternidad.

Gracias á esta estrategia basada en el gran amor propio del hombre en estado de amante, Valeria tuvo á su mesa, muy contentos y satisfechos, á cuatro hombres que se creían adorados y que fueron llamados por Marneffe, los cinco padres de la Iglesia, incluyéndose él también entre ellos.

Sólo el barón Hulot dió muestras, al principio, de cierta preocupación. He aquí por qué: en el momento de salir de su despacho había ido á hablar con el jefe del personal, que era un general compañero suyo desde hacía más de treinta años, para pedirle que nombrase á Marneffe para la plaza Coquet, el cual se avenía á presentar la dimisión.

—Querido mío—le dijo,—no quisiera pedir este favor al mariscal sin que estuviésemos de acuerdo y yo viese que es de su agrado.

—Amigo mío—le respondió el jefe del personal,—permítame que le advierta que usted es el primero que no debe insistir en este nombramiento. Ya le he dicho cuál es mi opinión. Sería un escándalo entre los empleados, que se ocupan ya mucho de usted y de la señora Marneffe. Esto aquí para *inter nos*. Yo no quiero atacarle en su flaco ni disgustarle en nada, y voy á darle la prueba. Si tiene usted tanto interés, si quiere pedir la plaza del señor Coquet, que será verdaderamente una pérdida para las oficinas de la guerra (donde está desde 1809), yo me iré quince días al campo, á

fin de dejarle el campo libre junto al mariscal, que le quiere á usted como á un hijo. Así yo no haré nada en pro ni en contra, ni faltaré á mi deber.

—Mil gracias—respondió el barón,—reflexionaré acerca de lo que acaba usted de decirme.

—Querido amigo, si me permito esta observación, es más en interés de usted que en el mío. Después de todo, el mariscal es el amo. Además, ¡nos reprochan ya tantas cosas, que una más ó menos no importa! No somos ya vírgenes en cuestión de críticas. Cuando la Restauración, se hicieron muchos nombramientos con el sólo objeto de dar sueldos y sin preocuparse del servicio. Somos amigos viejos.

—Sí—respondió el barón—y precisamente por no alterar nuestra preciosa amistad, es por lo que...

—Vamos—repuso el jefe del personal al ver la contrariedad que denotaba la cara de Hulot—amigo mío, me iré de viaje. Pero tenga cuidado, porque tiene enemigos, es decir, gentes que codician su magnífico sueldo, y usted sólo está amarrado por una áncora. ¡Ah! si fuese usted diputado como yo, no tendría nada que temer; de modo que mucho cuidado.

Estas amistosas palabras causaron viva impresión al consejero de Estado.

—Pero, en fin, Roger, ¿qué hay? No se haga usted el misterioso conmigo.

El personaje á quien Hulot llamaba Roger miró á Hulot, le tomó la mano y se la estrechó.

—Somos demasiado amigos para que no me permita darle un consejo. Si quiere usted permanecer en su cargo, será preciso que usted mismo se busque un retiro. De modo que en la situación en que usted se halla, en lugar de pedir al mariscal la plaza del señor Coquet para el señor Marneffe, yo le rogaría que emplease su influencia para reservarme el consejo de Estado, donde moriría tranquilo, y como el castor, abandonararía mi dirección general á los cazadores.

—¿Cómo! ¿sería capaz el mariscal de olvidar...?

—Querido mío, el mariscal le ha defendido á usted tan bien en el consejo de ministros, que ya no se piensa en destituirle á usted; pero se ha tratado de ello; así es que no dé usted pretextos. No quiero decirle más nada. En este momento puede usted imponer condiciones y ser consejero de Estado y par de Francia. Si espera usted demasiado, no respondo de nada. Conque ¿quiere usted que me vaya de viaje?

—No, espere—respondió Hulot,—veré al mariscal y enviaré á mi hermano á sondear el terreno.

Fácil es comprender el humor que llevaría á casa de la señora Marneffe el barón, el cual había olvidado casi que era padre, pues Roger le había dado pruebas de amistad instruyéndole acerca de su posición. Sin embargo, era tal la influencia que ejercía sobre él Valeria, que á la mitad de la comida el barón se puso al unísono y dió pruebas de una alegría tanto mayor, cuanto que eran muchas las preocupaciones que tenía que olvidar; pero el desgraciado no sospechaba que durante aquella tarde iba á hallarse en la alternativa de su dicha y el peligro señalado por el jefe del personal, es decir, obligado á optar entre la señora Marneffe y su posición.

CAPÍTULO XXV

Resumen de la historia de las favoritas

A eso de las once, en el momento en que la velada llegaba á su apogeo de animación, pues el salón estaba lleno de gente, Valeria se llevó á Héctor consigo y se sentó con él en el rincón de un diván.

—Viejo mío—le dijo al oído,—tu hija se ha irritado tanto porque Wenceslao viene aquí, que lo ha plantado. Esa Hortensia es una mala cabeza. Dile á Wenceslao que te enseñe la carta que le ha escrito esa tontuela. Esta separación de dos enamorados, de la cual dicen que soy yo la causa, puede hacerme mucho daño, pues este es el modo que emplean las mujeres virtuosas para atacarse. Eso de hacerse la víctima para criticar á una mujer que no ha cometido más culpas que tener una casa agradable, es un escándalo. Si tú me quieres, me disculparás reconciliando á los dos tortolillos. Por otra parte, yo no tengo interés alguno en recibir á tu yerno, pues ya sabes que eres tú el que lo has traído. Si tienes autoridad en tu familia, me parece que bien puedes exigirle á tu mujer que haga esta reconciliación. Dile de mi parte á esa buena vieja, que si me echaron injustamente la culpa de haber sembrado la discordia en ese matrimonio y turbar la unión de una familia echando á la vez á perder al padre y al yerno, yo me defenderé y haré lo que pueda para molestar

los. ¿No ves á Isabel que hubo ya de dejarme? Me prefiere á su familia y yo no quiero que la critiquen. Acaba de decirme que si los jóvenes no se reconcilian, ella no se queda aquí. Y entonces si que estaríamos bien, el gasto triplicado.

—¡Oh! respecto á eso, no temas. Yo pondré orden en mi casa—dijo el barón al saber el escándalo de su hija.

—Bueno,—repuso Valeria—á otra cosa. ¿Y la plaza de Coquet?

—Eso es más difícil, por no decir imposible—respondió Héctor bajando los ojos.

—¡Imposible! mi querido Héctor—dijo la señora Marneffe al oído al barón.—Tú no sabes cómo se va á poner Marneffe. Yo estoy en su poder, y él en cosas de interés es inmoral como todos los hombres, es vengativo como todos los espíritus raquíticos é impotentes. En la situación en que me has puesto, estoy á su discreción, y si me reconcilio con él dentro de algunos días es capaz de no dejar mi cuarto. Me dejaba tranquila con la condición de ser jefe de negociado. Esto es infame, pero es lógico.

—Valeria ¿me amas?

—Querido mío, esa pregunta, en el estado en que me encuentro, es una injusticia de lacayo.

—Mira, si yo quisiera intentar, nada más que intentar, pedir una plaza al mariscal para Marneffe, como que no soy nada para él, Marneffe sería destituido.

—¡Pero yo creía que el príncipe y tú erais amigos íntimos!

—Sí, y así me lo ha probado más de una vez. Pero, hija mía, por encima del mariscal hay algo, está todo el consejo de ministros... Con un poco de tiempo, ya lo lograremos. Hay que esperar el momento en que él me pida algún favor, y entonces yo podré decirle: toma y daca.

—Mi pobre Héctor, si yo le digo eso á Marneffe, nos pagará alguna mala pasada; así es que dile tú mismo que tiene que esperar, porque yo no quiero encargarme. ¡Oh! yo conozco mi suerte, y él, que sabe cómo castigarme, no querrá dejar mi cuarto. ¡Ah! no olvides los mil doscientos francos de renta para el pequeño.

Al sentirse amenazado en su placer, Hulot llamó aparte al señor Marneffe, y le asustaba tanto la perspectiva de aquel agonizante en el cuarto de aquella mujer bonita, que por primera vez abandonó el tono altanero que acostumbraba á emplear con él.